

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *CIRCUNSTANCIAS PERSONALES*

DE ALBERTO INFANTE

CASA DE AMÉRICA, *SALA BORGES*

MADRID, 24 DE FEBRERO DE 2009, 19h30

*POR FRANCISCO MORA*

El escritor Fernando Quiñones hacía una peculiar clasificación de los géneros literarios que, con el tiempo, se ha hecho célebre, si bien, como toda ocurrencia ingeniosa, resobada de mano en mano ha terminado por convertirse en sonajero, comodín o muletilla en la que recalca todo el mundo. Decía Quiñones que la poesía es un whisky solo, el cuento un whisky con hielo y la novela, simple whisky con agua. Con matices, podría suscribir la humorada. Porque no es lo mismo un *escocés* de 24 años que un whisky de garrafón. Y siempre será mejor un buen reserva con hielo que la destilación del año de un licor peleón, por muy seco que se tome. Tampoco es igual un *bourbon* con unas gotas de agua del Solán de Cabras, que hasta puede realzar sus matices, que otro con un chorro de agua clorada del grifo, que inevitablemente lo reducirá a la condición de aguachirle.

Reconozco que siento debilidad por el whisky con hielo, aunque es verdad que mis sueños étlicos no van nunca más allá de la tercera copa y que cuando el licor viene solo me gusta beberlo a pequeños sorbos.

Al género de *los cubitos* –según la clasificación quiñoniana- o sea, al cuento, le pasa como al de *a palo seco*, o sea, a la poesía, que son más practicados que leídos, más mentados y voceados que entendidos. Dan prestigio –entre las gentes del mundillo literario- pero venden poco. Raro es el novelista que no ha coqueteado alguna vez con el relato breve, pero son pocos los narradores que han consagrado al cuento lo mejor de sus talentos. Los Stevenson, los Chéjov, los Maupassant, los Poe, los Aldecoa, los Cortázar, los Borges, los Ribeyro, los Monterroso, los Cheever, los Monzó, los Covadlo, etcétera, son los “rara avis” del tinglado editorial, que se mueve con otros criterios e intereses –muchas veces espurios, que poco o nada tienen que ver con la calidad de la obra ofertada- y, en consecuencia, se prefiere caminar por el sendero marcado antes que arriesgarse por vericuetos desconocidos, aun a costa de inundar las destilerías de whisky de baratillo rebajado con agua de charco. Resulta curioso observar que en las listas de libros vendidos no aparece casi nunca un libro de relatos, cuando el género, por naturaleza, debería ser el más popular entre los lectores, como ocurre, por cierto, en

numerosos países bastante más leídos que este nuestro. En esta época de prisas y correprisas, de productos de usar y tirar donde no hay tiempo para nada que no sea inmediato y tangible, no parece descabellado pensar que lo breve tendría que mostrarse más sugerente y apetecible que lo extenso. Que en nuestro país no sea así sólo puede entenderse como el resultado de una educación lectora de desguce animada por una política editorial que anda con unas anteojeras elefantiásicas y a la pata la llana, según sople el viento del mercado o fluctúe el índice al que cotiza la oferta del día.

Por eso, en un mundo tan mudable y caprichoso, tan extraño como el de la literatura, que a veces se diría un mundo al revés –quiero decir que en literatura nada es lo que parece-, las pequeñas editoriales, como la que hoy nos convoca aquí, Exlibris, suponen un soplo de aire fresco en medio de la chicharrera del desierto, porque son éstas, las pequeñas editoriales independientes, las que ajenas al “negocio” fían su quehacer a lo que verdaderamente importa: el libro; sin más, sin aditivos ni colorantes, y con completa honestidad literaria –yerren o acierten- van componiendo su catálogo con valentía (no sin fatiga), ajenos a modas y modos al uso. Convendrán conmigo que a editores como los de Exlibris habrá que tildarlos, cuando menos, de valientes, si no directamente de temerarios, pues basta echar un vistazo a su catálogo –en lo que a literatura se refiere- para comprobar que está dedicado exclusivamente a la poesía y al relato breve, es decir, a los parientes pobres del mercado, a lo que se vende tarde, poco y mal. Pero qué sería sin ellos –afortunadamente hay unos cuantos editores así- en un asunto tan peliagudo como éste de la edición, que en España ha alcanzado tal grado de vacuidad y mercadeo que cualquier lector medio ha de acudir a la librería armado de martillo, escoplo y soplete para poder desbrozar los libros verdaderos de esos otros artefactos con apariencia de libro que atestan los estantes.

Pues bien, así las cosas, debo decir ya que Alberto Infante, el autor de estas *Circunstancias personales* que hoy vestimos de largo aquí, cuadra mal en este teatro de operaciones que he intentado esbozar someramente, en el que casi cada día se inician carreras fulgurantes que duran lo que tarda en leerse un microcuento, porque Alberto es un escritor de ley, uno de esos letraheridos tranquilos que ajenos al ruido exterior van componiendo su obra sin prisa, con dedicación e independencia, guiados únicamente por su instinto, sabedores de que el camino de la literatura verdadera, como el de todo arte, ha de caminar lentamente, a pasitos cortos y, desde luego, ha de interpretarse como un ejercicio personal en el que el rigor, la coherencia, la búsqueda y el continuo aprendizaje son las únicas marcas de eso que se ha dado en

llamar estilo. Son los escritores que al final –muy al final a veces, eso es cierto- con paciencia y esmero encuentran a su lector y se nos hacen necesarios. Sé de buena tinta, aunque personalmente no nos hayamos conocido hasta esta misma tarde, que esto es así porque no podría ser de otra manera en un escritor casi secreto que hasta bien entrado el nuevo milenio permanecía prácticamente inédito (en lo que a literatura se refiere), aun habiendo escrito mucho y llenado, probablemente, numerosas papeleras con casi todo lo escrito.

Uno, que quiere presentarse en este acto como un simple lector (un lector atento y agradecido, eso sí), lo pasa mal cuando, como en este caso, tiene que oficiarse de crítico *amateur*, y más aún si ha de vérselas con unos relatos de una procedencia tan poco académica como los de Alberto Infante; sospecho, en consecuencia, que los textos de Alberto tolerarán mal mi paráfrasis y mis comentarios. Por tanto, considero que lo que realmente importa hoy aquí, fuera de elucubraciones que poco o nada aportan a una obra, es lo que nos reúne, y no es otra cosa – digámoslo claro y pronto- que un buen libro de cuentos, estas *Circunstancias personales* que nuestro narrador nos da llanamente, sin costra ni herrumbre, con una encomiable sencillez. Porque Alberto Infante nos presenta un libro austero, sabiamente dosificado en cuanto a recursos expresivos, por momentos casi despojados, donde tan importante como lo que se dice es lo que se intuye, lo que se guarda, lo que se oculta entre renglones y lo que se calla, por extraerle a las palabras todo su jugo, su inmenso poder de sugestión: en la literatura en general, pero más tratándose de poesía o de narraciones breves, como ocurre en música respecto a los sonidos, los silencios son tan importantes como las palabras. Lo contrario es ruido.

Alberto Infante, tal y como uno lo percibe a través de sus libros, de estas *Circunstancias personales* que hoy nos convocan pero también en gran medida de su anterior libro de relatos, *Dicen que recordar*, es un narrador comprometido (utilizo adrede esta palabra tan devaluada y tan desprovista hoy de su verdadero sentido), comprometido, digo, con las dos cosas con las que un escritor debe comprometerse: con la palabra y con su tiempo. Porque a Alberto le importa el mundo y sus conjuntos. Un mundo poblado y vivísimo el suyo que quiere ahondar en la herida del ser humano y de lo que ese ser representa y es: en sus miserias y en sus pequeñas grandezas, en su cotidianidad más anodina o lacerante y en sus sueños. Porque los cuentos de Alberto Infante arrastran una carga testimonial importante, sentida y doliente, sangrante incluso a veces, que nos estalla en las manos (en los sentimientos, quiero decir) como una bomba de relojería o, a lo peor, como esa conciencia que nos arruga por dentro y no cesa en su empeño de ponernos frente al espejo (a veces deformado, otras deformador) de nuestro yo más íntimo, ese que no

queremos ver porque, en ocasiones, desdice nuestra condición pretendidamente humana; pero, a su vez, son los suyos unos cuentos redimidos por las, quizá, dos únicas vías posibles: la ternura, una ternura cierta, desprovista de ornamento y de toda concesión a la sensiblería, y el humor, auténtico bálsamo de Fierabrás en este mundo de locos de corazón extraviado.

Confiesa Alberto Infante en el epílogo a su libro que su pretensión al escribir *Circunstancias personales* era sencilla, se trataba de redactar una serie de cuentos que abarcaran desde las postrimerías de la Guerra Civil española hasta los albores del nuevo milenio, por intentar obtener si no la semblanza moral de esos años, sí, al menos, su personal semblanza moral. Pues bien, a mi modesto entender, Alberto lo consigue en muy buena medida. Porque por sus cuentos transitan desde las miserias de aquella España cerrada en gris del franquismo, hasta los sueños en colorín de esta otra España, entre entusiasta y hortera, de la libertad; desde los tiempos ramplones, constreñidos, de una España depauperada y rota, hasta esos otros tiempos de esperanza en los que creímos que podíamos ser dueños de nuestros propios sueños, aunque finalmente éstos saltaran en mil pedazos.

Obviamente en un libro de cuentos no todos ellos pueden estar, literariamente hablando, a la misma altura; pero me atrevo a decir que en el caso de *Circunstancias personales* sí nos hallamos ante una obra extraordinariamente coherente en motivos e intención que alcanza un tono medio más que notable. Quizá su punto más débil, a mi entender, radique en que en ocasiones (no muchas, esa es la verdad), Alberto Infante se deja llevar en demasía por la enorme carga testimonial que arrastran algunas de sus historias, lo que a la postre merma en cierta medida su fuerza literaria. Nada, sin embargo, comparado con sus muchos aciertos, magistralmente representados en un amplio número de relatos del libro que no dudo en calificar de magníficos. Me cuidaré mucho de destripar aquí las historias que recorren este libro (sería imperdonable ser tan desatento con el lector potencial de estos relatos) pero sí puedo apuntar que, por ejemplo, en cuentos como *El paquete*, *El tío Marciano*, *Filosofía*, *El ascensor*, *Una interpretación magistral* o *El tren de las nueve y veinticinco*, entre otros, el lector se va a encontrar, sencillamente, con unos cuentos muy buenos y hasta es probable que con alguna de las mejores piezas que haya leído últimamente, incluso cuando Alberto Infante (ocurre, por ejemplo, en la estupenda historia de *El tío Marciano*) se atreve a dinamitar las sacrosantas y comúnmente aceptadas reglas del género; como aquella que afirma que un cuento debe ser una instantánea, o sea, debe tender a tratar un solo aspecto, tema o situación, al objeto de, limitando el campo de acción, aumentar la intensidad y, por ende, la eficacia del relato. A Alberto no le importa, una vez contada la

historia (excelente) del tío Marciano, cuando parece rematado el cuento, salirse por la tangente y ampliar su visión de la época que retrata con unas escuetas pinceladas de un relato paralelo que, en sí mismo, con un desarrollo un poco más largo, podría haber dado lugar a otro cuento independiente.

Y es que Alberto Infante pertenece a esa estirpe de cuentistas que, pongamos como el soberbio Carlos Castán, ni buscan ni pretenden escribir cuentos perfectos, acabadísimos, de mecanismo ajustado como relojes, esos cuentos asombrosos pero sin vida que suelen acabar diseccionados “académicamente” en las aulas. No. Los cuentos de Alberto supuran por sus heridas, se duelen y se ríen, se arrugan ante el destino o resisten estoicamente, aun a sabiendas de que la batalla puede estar perdida, porque por ellos corre la vida entera con sus luces y sus sombras, en toda su intensidad y, en su sobriedad, nos devuelven la imagen auténtica de un mundo que, a la postre, reconocemos como propio.

Decía Borges, creando una hermosa metáfora sobre la condición del escritor, que un hombre se propone la tarea de dibujar un mundo; poco antes de morir descubrirá que el laberinto de líneas que ha trazado forma la imagen de su cara. Pero yo creo, además, que si dentro de cien o mil años estuviéramos aquí para verlo, tal vez al escritor le asombraría descubrir que, al fin, la suya es una cara trazada con los rasgos de su lector, porque un libro tiene muchos libros dentro, tantos como las múltiples y fecundas lecturas de todos y cada uno de sus lectores. De modo que no me queda más que animarles a trazar unas cuantas líneas más en el rostro de Alberto Infante leyendo su libro. Merece la pena. El mismo Borges afirmaba jactarse no de los libros que había escrito, sino de aquellos otros que le había sido dado leer. Pues bien, jácense de estas *Circunstancias personales* que, quizá, desde siempre les aguardan ocultas entre los renglones de su propia circunstancia. Me lo agradecerán.